

*Gran Angular*

Barrotes  
de bambú

Jan Terlouw

Céline es guapa, saca buenas notas y está en la flor de la vida. No obstante, se siente desgraciada. Un día huye de casa porque ha creído hallar en Almas Vivas el afecto que le falta en su ambiente y la respuesta a las preguntas que la torturan. Pero Keizer, antiguo comisario de policía, sospecha que Almas vivas es una secta destructiva. Para comprobarlo, decide infiltrar en la organización a tres jóvenes que, tras pasar por pruebas durísimas, desarrollan una magnífica investigación policial.

## Prólogo

**A** Céline la vida no le resultaba muy divertida y nadie entendía el porqué. Era guapa, sacaba buenas notas y estaba en la flor de la vida; de corta estatura, sin ser demasiado baja, tenía un buen tipo. Su piel era fina, y cuando tomaba el sol se ponía morena rápidamente. Sus ojos oscuros podían centellear de ira, pero rara vez lo hacían; entonces las comisuras de sus labios se arqueaban hacia abajo. Las personas que la conocían y la querían decían que debía de sufrir depresiones; y las más críticas aseguraban que era una aguafiestas.

Céline podría haberles hablado de lo horrible que le parecía el mundo y lo desgraciada que se sentía a veces, pero casi nunca lo hacía, va que había aprendido que la gente rehúye el trato de los que se lamentan perpetuamente. No está mal lanzar una queja esporádica, aunque solo sea para demostrar lo mucho que confías en alguien. Pero si alguien le oye quejarte de lo mismo más de dos veces, deja de escucharte, se pone a bostezar y se inventa algún pretexto para librarse de ti y de tus lamentaciones.

Céline tenía un hermano mucho mayor que ella que había abandonado el hogar a los diecisiete años y al que ahora sólo veía cada quince días. La chica estaba en su último año escolar. Su aprovechamiento había sido bastante bueno hasta entonces y seguía viviendo en el hogar familiar, a pesar de que no veía mucho a sus padres; éstos llevaban vi-

das independientes. Su padre tenía una tienda de bicicletas en Osdorp y sólo le interesaban dos cosas en este mundo: su negocio y la televisión. Su expresión favorita era: «estoy cansado». Esa misma era la excusa que empleaba por la noche cuando se sentaba, silencioso, delante de la pantalla. Y era la cantilena con la que se acostaba al término de la programación del día. El único gran argumento que utilizaba para negarse a contestar preguntas difíciles: «estoy demasiado cansado».

Como contrapartida, la madre de Céline hablaba sin descanso, a todas horas. Quizá fuera un problema nervioso o por falta de seguridad en sí misma; por el motivo que fuera, el caso es que la buena mujer hablaba como una co-torra. Charlaba desde que se despertaba: mientras cocinaba, comía, fregaba los platos, y lo peor de todo, cuando los demás intentaban intervenir en la conversación. Céline sólo tenía que hacer un comentario, como “nos han puesto un nuevo profesor de Geografía”, para que su madre se disparara, recordando a todos los profesores de Geografía que había tenido, en particular a un tal señor Van der Heuvel, incapaz de mantener la disciplina en el aula y que en una ocasión le había puesto un cuatro. Y como este caso, mil.

Para todos los efectos, a Céline le habría dado igual haber sido invisible. Su padre nunca la escuchaba porque estaba enfrascado en los libros de contabilidad de su negocio o, sencillamente, porque estaba demasiado cansado. A su madre sólo le interesaba el hablar sobre sí misma. Y su hermano tampoco le prestaba ninguna atención: no estaba allí. «No debería sorprenderme», pensaba la muchacha. ¿Qué tenía ella que decir que fuera de alguna relevancia? No era ni divertida, ni ingeniosa, ni interesante. No intuía cómo eran las personas. A la hora de las presentaciones las encontraba agradables, pero luego siempre resultaban todo lo contrario y ella era la última en darse cuenta.

A Céline no se le daba bien ninguna clase de juego. Para ser justos, digamos que no era la peor de la clase, pero

en nada destacaba.

No tenía aficiones ni gustos concretos. Le encantaba ir al cine, pero porque allí se sentía acompañada. ¿Por quién? Nunca se atrevía a pedírselo a nadie, y nadie llegó nunca a ofrecérselo como acompañante. Si alguna vez alguien se lo pidió, era siempre por interés egoísta. A Céline le habría gustado tener un amigo, le habría encantado, pero con la condición de que a éste le hubiera interesado ella como persona, y no únicamente por tratarse de una chica.

Aborrecía los domingos. Su padre se pasaba el día durmiendo o viendo en la televisión aburridas carreras de coches. Cuando su mujer le dirigía la palabra, todo lo que decía a modo de respuesta era: «¡Silencio!». Su hermano Willem no estaba en casa. Una vez hechos concienzudamente sus deberes escolares, Céline se aburría. No le apetecía la bicicleta. Y tampoco se atrevía a saludar a ninguno de sus compañeros de clase porque pensaba que iban a echar a correr en cuanto vieran acercárseles una chica tan aburrida como ella.

—¿Por qué no haces algo? —le preguntaba su padre, al darse cuenta de su presencia.

—Escúchame —añadía su madre.

Céline se dirigía a su habitación, se arrojaba sobre la cama y se ponía a mover rítmicamente las piernas de puro aburrimiento y para llenar el profundo vacío de su existencia. No era feliz. Las comisuras de los labios le caían entonces más acusadamente y se aislaba del mundo exterior. Cuando el cielo estaba encapotado pensaba: «Qué tiempo tan asqueroso»; pero aún era peor cuando brillaba el sol, pues entonces pensaba: «El sol brilla para la gente que es dichosa, para quienes tienen compañía, y no para desgraciadas como yo».

Un día Céline explotó durante la cena. Estaba contando a sus padres un accidente que había presenciado: un muchacho había sido atropellado por un automóvil mientras circulaba en bicicleta y había perdido el conocimiento. De

repente su madre se puso a relatar exhaustivamente toda una serie de accidentes de tráfico de los que había sido testigo.

—¿Por qué no te callas de una vez? —casi gritó Céline.

La madre quedó desconcertada unos instantes. Luego abrió la boca de nuevo y comenzó a perorar atropelladamente sobre cómo la gente no debería gritarse, que se había limitado a comentar la historia de Céline, y hablar de cómo en una ocasión ella...

«Tal vez mi madre habla tanto con el fin de impedir que se diga algo relevante», pensó Céline, apaciguándose tras su estallido de mal humor.

—Deja que termine de contarnos su historia —dijo su padre.

—Pero si yo la dejo...

—¿Quieres callarte?

Su madre enmudeció. Entonces se produjo un silencio tenso.

—¿Quedó muy estropeada la bicicleta? —preguntó su padre.

«Su intención era loable, pero de todo lo que podría haber dicho, ¿por qué tuvo que referirse precisamente a la bicicleta?», pensó Céline con amargura. Era típico en él mostrar interés únicamente por la mecánica.

—Olvidalo —respondió Céline—. Da lo mismo.

Poco a poco se iba hundiendo en la depresión. A menudo se llamaba a sí misma tristonza, lo cual la consolaba tontamente. Nadie puede evitar sufrir de cuando en cuando melancolías; es un sentimiento que se apodera del individuo que lo padece, como pasa con un dolor de cabeza.

A Céline la asediaba un cúmulo de interrogantes sobre su persona: ¿Por qué soy así? ¿Soy realmente tan horrible? ¿Se trata de algo pasajero o estoy destinada a ser así toda la vida? No tenía a nadie a quien poder preguntárselo.

Los miembros de su familia no frecuentaban la iglesia y el sacerdote sólo la conocía de vista. Se hacía preguntas

acerca de la vida: ¿Tiene razón de ser la existencia humana? ¿Por qué estamos en este mundo? ¿Tiene la vida algún significado? ¿Somos responsables unos de otros? ¿Tenemos alguna responsabilidad de que la gente se muera de hambre en África? Céline había visto programas de televisión sobre esa tragedia. En ocasiones oía alguna reflexión por la radio en boca de algún sacerdote o ministro que hacía algún comentario acerca de Dios. Nunca llegaba a entenderlo, o por lo menos no significaba nada para ella. Se sentía completamente sola en el mundo a pesar de los cientos de personas que a diario veía a su alrededor.

Todo ese estado de cosas cambió el día en que conoció en Amsterdam a una chica de su misma edad que la llevó a un caserón situado en el Prinsengracht. Allí había muchos otros jóvenes que le dieron, sin excepción, una amistosa bienvenida. Todos se interesaron por ella con toda su alma. Escuchaban lo que les decía acerca de su vida y lo que echaba de menos en ella.

Aquellos jóvenes la abrazaron. Al final le hicieron prometer que volvería al día siguiente. Céline se fue a casa sintiendo un calorillo en su interior, pero al día siguiente le costó trabajo regresar a aquella casa junto al canal. ¿Qué vieron en ella? ¿Acaso era posible todo aquello? Su cordialidad no podía ser auténtica. Debían de pertenecer a una de esas extrañas sectas de las que había oído hablar y contra las que incluso la habían prevenido.

A causa de la soledad que sentía y lo desapacible que resultaba su entorno natural, le pareció que la recibían como a una hermana. Aquellos jóvenes le contaron que su grupo se llamaba Almas Vivas y que su líder, un hombre extraordinariamente sabio, conocía la respuesta a todos los problemas. Céline pensó en las preguntas que quería formular, pero nunca parecía tener tiempo para hacerlo. El motivo era quizá lo abrumada que se sentía por las declaraciones de amistad, aliento y preocupación por sus problemas. Quería integrarse al grupo y dejar de sentirse sola Su

soledad era su infierno. Le dijeron que lenta que superar una prueba para pertenecer de lleno al guipo; consistía en una especie de purificación espiritual.

Lo pasó muy mal. Fue humillada y recriminada y le hicieron llorar varias veces. El único consuelo era que todos los miembros del grupo se sometían juntos a dicho procedimiento. Esto les hacía vivir una poderosa sensación de unidad y sentir que se pertenecían y se amaban. Le prometieron que vería a su gran líder si era perseverante. Céline podría escucharle y hacerle preguntas.

Al fin, un día fue conducida a presencia del gran líder y éste, efectivamente, contestó a sus preguntas. El caso es que Céline no entendió realmente todo lo que le dijo, pero pudo sentir su inspiración y espiritualidad. Por fin había conocido a alguien que sabía la verdad. Ya no tenía necesidad de pararse a pensar: él pensaría por ella.

Una vez que la chica se integró plenamente en el movimiento, tuvo que trabajar duramente para él. Necesitaban dinero y nuevos miembros. Céline realizó su trabajo con amor y dedicación. Cuanto más dinero aportaba, mayor era su sensación de pertenencia al grupo y menor su soledad, al tiempo que se reforzaba su cariño y admiración por su líder.

El grupo la invitó a trasladarse a vivir en su residencia. La fuerte oposición de sus padres la dejó indiferente. Después de todo, el líder había dicho que era una buena idea.

—¿Y qué me dices de tus exámenes finales? —le preguntaron sus padres con preocupación.

—¿Acaso me van a servir para algo? —replicó Céline—. Hay cosas más importantes en la vida que unos exámenes. Voy a abandonar el instituto.

Sus padres acudieron a las autoridades municipales para preguntar si podía tomarse alguna medida. No había nada que hacer. El futuro de Céline era cosa suya. Nadie la había obligado a incorporarse al grupo. La policía podía traerla a rastras hasta su casa, puesto que se trataba de una menor,

pero ¿de qué iba a servir eso? Se escaparía de nuevo, y sus padres no podrían retenerla indefinidamente en casa como a una prisionera. No, la policía estaba atada de pies y manos ante este caso.

De este modo comenzó Céline una nueva vida a la edad de diecisiete años. Se pasaba diez horas diarias fregando suelos y platos, vendiendo helados y repartiendo revistas de puerta en puerta. Vivía entre amigos con los que podía cantar, conversar, iniciar a nuevos miembros, así como adorar al líder que pensaba y tomaba decisiones por ellos.

Creía ser feliz.

## 1

**I** MAGINEMOS una pequeña área suburbana en las afueras de la ciudad de Amsterdam. Por ella discurre la avenida Reina Wilhelmina, amplia, bordeada de árboles, y con bonitas casas rodeadas de un césped bien cortado y arbustos floridos en todas las estaciones del año. Fijemos nuestra atención en la última casa de la avenida, una edificación de planta cuadrada, elegantes balcones en tres de sus fachadas, y coronada por un tejado azul oscuro.

En la primera planta tenía su despacho Arthur Keizer, de sesenta y un años de edad. Era una hermosa estancia, provista de modernos armarios y sillas de color blanco, e incluso de un escritorio blanco que hacía juego con el resto del mobiliario. La mesa de trabajo estaba escrupulosamente limpia; en ella no se amontonaban los papeles, aunque, eso sí, contaba con un dictáfono, un teléfono y una máquina de escribir electrónica. De las paredes colgaban cuadros de colores armoniosos que no sugerían nada en particular. Unas puertas corredizas, adornadas por espesos cortinajes color granate, daban al balcón de la fachada sur.

El señor Keizer recorría pensativamente su estudio de un extremo a otro. Había dejado las gafas sobre el escritorio y se restregaba los ojos, llenos de vida, como los de un adolescente. Su rostro tenía el color atezado de un hombre que dedica tiempo al cuidado de su jardín. Su pelo era casi

blanco; había sido así desde que cumplió los treinta y cinco años.

—Se corre un gran riesgo —dijo Keizer en voz alta—, pero tengo que hacerlo.

Regresó a su escritorio, se puso las gafas y cogió una carpeta, que comenzó a hojear.

—¡Arthur, el café está listo! —exclamó una voz femenina a través del intercomunicador, situado bajo el interruptor de la luz, junto a la puerta—. ¿Bajas o prefieres que te lo suba?

Keizer apretó un botón y respondió:

—Ahora mismo bajo.

Su esposa, María Keizer, le aguardaba ante la ventana del gran cuarto de estar donde se habían acostumbrado a tomar el café juntos, desde la jubilación de Arthur. Su mujer disfrutaba de aquellos ratos. Él también, aunque en ocasiones echaba de menos el espantoso brebaje suministrado por la máquina, que decían que era café y que bebía precipitadamente en compañía de los demás agentes de policía.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó su esposa—. ¿Se trata del asunto que tienes sobre tu mesa?

Keizer sonrió y dijo:

—Más o menos.

—Pero si tú ya has acabado con ese caso. ¿Por qué no dejas que Van Wissen se rompa ahora la cabeza con él?

Su mujer le venía repitiendo lo mismo por lo menos tres veces por semana a lo largo del último mes. Van Wissen había sucedido a Keizer en el cargo de comisario de policía.

—Este café es mejor que el que me daban allí —comentó Keizer, sonriendo a su esposa.

—¿Te gustaría hablar sobre el tema? —le preguntó ella.

Keizer negó con la cabeza.

—Tal vez más adelante —tenía que tomar esta decisión él solo; no quería que ella se viera implicada—. Leo Wageenaar estará aquí enseguida —añadió—. Ya está ahí. Le subiré una taza. Me parece recordar que le gusta tomarlo solo.

—Muy bien, Arthur.

María había aprendido hacía años a no agobiar a su marido si había algún tema sobre el que él no quería discutir. Cuando había sido policía en activo, era frecuente que no le permitieran discutir, con su mujer ciertos asuntos del trabajo.

Leo Wagenaar era alto y delgado, y con una edad que sobrepasaba ligeramente los veinte. No podía permitirse el lujo de tener un automóvil, pero como le encantaba conducir, tenía uno de todos modos: un viejo Volkswagen, el conocido comúnmente como «Escarabajo». Era un milagro que pudiera acoplar sus largas piernas al pequeño habitáculo. Aquello daba pie a que sus amigos se metieran con él. Le decían que hasta empezaba ya a parecerse a un escarabajo.

Leo no era un intelectual. No es que no tuviera la cantidad normal de materia gris; es que no le interesaba el razonamiento abstracto. Había pasado de un colegio a otro, y no movido por el ansia de adquirir conocimientos, sino porque siempre estaba haciendo travesuras en las que le cogían «in fraganti».

Ya en la escuela primaria había sido campeón de lanzamiento de avioncitos de papel, habilidad que había perfeccionado en la escuela secundaria, donde también había aprendido a destrozarse las ventanas con un tirachinas con el que apuntaba certeramente al objetivo deseado. Así, a una temprana edad su camino se había cruzado con el de Keizer, entonces agente de policía.

Leo tenía otra cualidad que rara vez aprecian los profesores en sus alumnos: era insaciablemente curioso, inquisitivo. Esto seguramente tenía algo que ver con sus grandes orejas gachas que podía mover como lo hacen los perros y que había utilizado desde la infancia para oír todos los chismes habidos y por haber. Nunca había dudado a la hora de echar una mirada furtiva en el cuaderno de notas del profesor, para poder contar a sus compañeros de clase lo que

estaba allí escrito acerca de ellos. Por eso sus calificaciones solían ser siempre pésimas. Leo nunca comprendía por qué alguien se empeñaba en aprender el significado de la palabra francesa *décalage* cuando, haciendo el mismo esfuerzo, uno podía enterarse de por qué Gertie iba, de repente, a casarse con el panadero. Lo mismo que por qué se devanaban los sesos para resolver una ecuación de segundo grado.

—Toma asiento, Leo —dijo Keizer—. Te subí algo de café. Sueles tomarlo solo, ¿verdad?

—Negro como la noche —respondió Leo.

Keizer se puso a pasear por la habitación de arriba abajo, sorteando las piernas estiradas de Leo para no tropezar con ellas.

—He averiguado lo que usted quería —dijo Leo.

Keizer asintió con la cabeza en señal de aprobación. Nunca había dudado ni un solo instante de que Leo lo conseguiría. Siempre lo hacía. Había pocas cosas que se resistieran a sus pesquisas. A menudo realizaba trabajos para el antiguo comisario de policía; lo había hecho cuando Keizer aún pertenecía al cuerpo.

—Cuéntamelo.

—Valentine tiene una tía en Oldenzaal —dijo Leo—. Una tía auténtica. Ya sabe, del tipo de esas que va a la iglesia y que frunce el entrecejo cuando uno hace algo que a ella no le gusta. Cuando Valentine se metió en aquel embrollo, recurrió a ella... en busca de dinero, por supuesto. Su tía le echó literalmente a patadas. ¡Menuda vieja!

—Así es que se ha producido en él todo un gran cambio desde entonces —comentó Keizer reflexivamente.

—Efectivamente. Las relaciones entre tía y sobrino son ahora de lo más amistosas.

—¿Le mantiene su tía?

—En parte.

—Bien. Ya me hago cargo de la situación —dijo Keizer. Se sentó a su escritorio, abrió la carpeta que había estado

hojeando con anterioridad y escribió unas notas—. El expediente está completo ya —añadió—. Has hecho un buen trabajo, Leo. ¿Te gustaría ocuparte ahora del caso Paul van Ravenswaai?

—Sí, señor.

El joven levantó por tiempos su impresionante humanidad de un metro noventa y seis de estatura, agachando la cabeza de forma mecánica al abandonar la estancia, a pesar de que no era necesario en aquella vivienda de techos altos.

—Te veré mañana —dijo Keizer—. O pasado mañana, como muy tarde.

—De acuerdo.

Keizer no salió a despedirle. Leo conocía el camino. Había estado en la casa docenas, por no decir cientos de veces con anterioridad. Keizer suspiró y fijó la vista distraídamente en la carpeta que tenía delante. Al principio no había querido creer en su contenido, pero Leo le había convencido finalmente de su veracidad. Como policía se había encarado a menudo con el problema de los jóvenes que caen en la drogadicción. Había conocido la desdicha y las calamidades que padecían los propios adictos, y la incertidumbre que sentían sus padres, así como las muestras de valor y las decepciones de aquellas personas que trataban de rehabilitar a las pobres víctimas. Las había tenido en su despacho, tras ser detenidas por robar dinero con el que costearse la droga. Las había oído prometer que abandonarían el vicio y había descubierto lo vanas que resultaban tales promesas, al menos en la mayoría de los casos. Algunas conseguían librarse del hábito, ayudadas por personas con reservas infinitas de fe y paciencia. En ocasiones el proceso llevaba años.

Cuando había sido comisario de policía, el problema de las drogas había angustiado a Keizer más que ningún otro. Ahora, ante él se encontraba el expediente de un joven que había logrado liberarse. ¿Con qué frecuencia sucedía

esto? ¿Un caso entre mil? ¿O tal vez entre diez mil? Por eso necesitaba al chico. Precisaba de la ayuda de jóvenes con mucho carácter, espíritu y fuerza de voluntad. Una tía anciana había ayudado a Valentine, especificaba el expediente. Sin embargo, ella no le había salvado; se había salvado él a sí mismo, estimulado por la actitud de su tía, que había sabido pulsar la cuerda más profunda de su sensibilidad interior. Keizer estaba convencido de que este chico constituía una buena elección.

### *EL CASO VALENTINE DE BOER*

Valentine de Boer había nacido el 14 de febrero de 1967, en el seno de la familia de Herman de Boer y su esposa inglesa Josy Rutherford. Al niño deberían haberle llamado Hendrik Jan, como su abuelo, pero a Josy no le había gustado ese nombre, probablemente porque no sentía el menor aprecio por su suegro, que era un hombre rígido y mezquino. Cuando la mujer quedó embarazada y calculó que el niño nacería en febrero, le dijo a su marido:

—De acuerdo, seguiremos esa tonta y cursi costumbre holandesa, a menos que...

Su marido la interrumpió diciendo:

—Como si en Inglaterra no tuvierais costumbres tan cursis o más.

—... a menos que el niño nazca el catorce de febrero, en cuyo caso le llamaremos Valentine o Valentina.

—Trato hecho.

Como Josy era una buena administradora de su fisiología, su hijo nació precisamente el día de san Valentín.

—Te saliste con la tuya —dijo Herman, besándola.

—Hoy hace dos años me enviaste una carta de amor maravillosa —le dijo Josy—. Se trataba de un anónimo, pero supe que venía de ti.